

# PARIS NO HA SIDO LISBOA

**P**ARIS no ha sido Lisboa, no hubo júbilo callejero tras la victoria de la derecha en las elecciones presidenciales: unos cientos de manifestantes en los Campos Elíseos entre una y dos de la madrugada del lunes, que fueron luego a celebrar con champán el triunfo de Giscard d'Estaing; algunos coches con banderines y tocando una música claxonera inventada por los contestatarios de mayo del 68, a la que se le pusieron después toda clase de letras de recuperación. ¿Dónde está, en esta noche pos-eleitoral, la media Francia que votó por Giscard? Ya antes era difícil encontrar a alguien que confesara (a menos de ser a sondeadores del SOFRES o del IFOP) que iban a votar por Giscard. Los gaullistas tenían una mitología que les permitía exteriorizar su alborozo, ahora, el partido del miedo tiene, además, vergüenza.

Miedo, más que nada, porque la victoria ha sido apretadísima, y el avance numérico de la izquierda unida sobrepasó muchas esperanzas. Un comentarista de la ORTF reconoció inmediatamente que «si los jóvenes tuvieran el derecho de voto desde los dieciocho años, Mitterrand hubiera ganado fácilmente». Añadamos a eso los votos no emitidos por tres millones de trabajadores extranjeros y veremos que los

200.000 votos de diferencia oficial no corresponden a la realidad. ¿Victoria pírrica, pues? Así lo cree Mitterrand, nada batido ni desanimado por la actual derrota electoral: «Nuestro combate continúa, y porque los que me han preferido representan el mundo de la juventud y del trabajo, nuestra victoria es inevitable». Esto mismo decía, de forma más macabra, un periodista español venido a París expresamente para las elecciones: «Lo que sí es cierto es que en la próxima elección presidencial, muchos de los que hoy votaron por Giscard ya habrán muerto».

La presidencia de Giscard, conseguida (como se sabía y ha sido confirmado por los análisis de los resultados) con los votos de la mujer-en-el-hogar y de los mayores de cincuenta años, será difícil. Aquí aparece la otra vertiente del miedo. Antoine Pinay se alarma al comprobar que «Francia está prácticamente cortada en dos campos», y aconseja a su hijo espiritual, Giscard d'Estaing, «que actúe con gran sentido de la conciliación». Este ha sido el «leit motiv» de los políticos aliados con Giscard que hicieron declaraciones por las radios o la televisión. Robert Poujade, ministro gaullista, dijo que «había que tener en cuenta a las fuerzas que apoyaron a Mitterrand», Alejandro Sanguinetti,

secretario general del UDR (quizá ya ex UDR, pues el partido gaullista puede dejar de existir de un momento a otro), reconoció: «Esta noche, las izquierdas estuvieron a punto de ganar, tenemos que tenerlas en cuenta», o Alain Peyrefitte habló de la «frustración insoportable de las izquierdas si se les aleja de la comunidad, cuando estuvieron a punto de ganar».

La frustración, en efecto, es grande, y en el Barrio Latino produjo algunos incidentes, así como en las inmediaciones de la torre de Montparnasse, cuartel general de Mitterrand. Pero no pasó de ahí. Lo que temen es la reacción de los trabajadores. Georges Marchais (al verlo en la televisión se hubiera dicho que el Presidente elegido era él), sonriente, dicharachero y jovial, estaba seguro de que «el trabajo va a recomenzar mañana en las fábricas sin amargura, pues el porvenir de la izquierda está delante» y recomendó a los trabajadores que no se lanzaran en «manifestaciones intempestivas».

Se duda, sin embargo, que Giscard d'Estaing pueda no sólo cumplir la mitad de sus promesas sociales, sino también mantener la cohesión de las fuerzas que lo sostuvieron. Ya aparecen las divisiones, provocadas por el número y la calidad de los votos obte-

nidos por Mitterrand. Los gaullistas dudan en entrar en su gobierno, y algunos quieren formar un partido de oposición. La próxima batalla electoral (ya sea las elecciones legislativas, que pueden ser inminentes, pues incluso gaullistas reclaman la disolución de la Asamblea Nacional, o la presidencial, dentro de siete años), parece ser el objetivo de la izquierda clásica. Georges Séguy, secretario general de la CGT está dispuesto a entablar conversaciones «con los poderes públicos para obtener la satisfacción de las reivindicaciones obreras», y Maurice Faure, de los radicales de izquierda, considera que el resultado es un «acontecimiento histórico» que le dará la victoria a la izquierda en las próximas elecciones. Sin embargo, el sindicato CFDT está decidido, según Edmond Mire, «a pasar a la acción inmediata», y los grupos izquierdistas no tienen paciencia «para esperar otros siete años», dijo Alain Krivine, para quien «ahora empieza la tercera vuelta».

¿Dónde encasillar al joven que había ido a la torre de Montparnasse para festejar el triunfo de Mitterrand y consolaba a sus compañeros defraudados diciéndoles: «No os preocupéis, de todas formas volveremos aquí dentro de seis meses». ¿Izquierdista, optimista o realista. ■ RAMON CHAO.

